

Construir y demoler se convirtió en el hacer de las gentes, maldición de los querandíes.

Los hombres construyeron y demolicieron posesos de un mal inexplicable.

Y así la aldea se fue transformando en ciudad, una ciudad especial y misteriosa sobre un colchón de sótanos poblados de ratas y esqueletos, espadas y arcabuces, contrabandos y sueños, enfermedades y tristezas.

El viento de la pampa al filtrarse entre los muros de los cien poblados superpuestos, generó canciones que llegaron a las cunas de los niños criollos, les orquestaron el cráneo y musicalizaron los dedos.

Se conformó una generación de poetas y músicos nacidos de la noche y el tiempo, la destrucción y el miedo.

Desde ese entonces se sabe del tango y la milonga.



G. G.

Proa 44 (nov.-dic. 1999)

## RECUERDO DE BORGES EN GINEBRA

HIPÓLITO SOLARI YRIGOYEN

Cuando desde la ventana del departamento en que me alojo en este otoño de Ginebra contemplo los castaños, los plátanos, las hayas, y, en particular, los robles con sus hojas en el esplendor morado del mes de octubre, me pregunto si no ha sido éste uno de los espectáculos que llevó a Jorge Luis Borges a admirar a esta ciudad y a elegirla para su descanso eterno. Tranquila e internacional por sus actividades, pareciera que Ginebra ha sabido guardar en sus parques y plazas la paz y el encanto bucólico de la campiña suiza. Aquí vivió y estudió el escritor tanto en su pubertad y en su juventud, antes de la Gran Guerra, como en los últimos días de su vida en el año 1986 y a ella le dedicó este conmovedor presagio: "yo se que volveré a Ginebra, puede ser después de la muerte de mi cuerpo".

Al cumplirse en 1999 el centenario de su nacimiento, la ciudad y sus habitantes no lo han olvidado. Una placa colocada en el número 26 de la Grand Rue, en el barrio viejo y alto de Ginebra, recuerda que en el inmueble vecino, pasó las últimas semanas de su existencia. Llegué hasta esa morada, conducido por amigos, el diputado Jean Ziegler y su señora, caminando

por las callecitas montañosas de la Vieille Ville, que subsisten para recordar su pasado, junto a los relojes, los campanarios, las torres y las fuentes, que la pluma del poeta recordó al hablar de su ciudad elegida. Extraña sensación la mía la de imaginar a Borges en esos escenarios que él hizo suyos, mientras que sonaba el carillón de la Parroquia de Saint-Pierre-Fusterie, con los mismos acordes tristes y nostálgicos que él había oído tantas veces y añorado, sin duda, muchas más.

En la Rue du Marché, la librería Payot, le ha dedicado su vidriera, donde se exhiben dieciocho de sus obras, en ediciones francesas, y otras librerías dispersas por aquí y por allá, a uno y otro lado del lago Léman, han hecho lo mismo. Los que prefieren leer sus libros en el idioma que Borges los escribió, pueden encontrarlos en el Albatros, un centro cultural dedicado a las letras hispanas y latinoamericanas y a la venta de sus ejemplares.

El mensaje del centenario ha tenido una dimensión mayor gracias a Luigi Miriello y a otros intelectuales que fundaron el Café Borges, para tratar de reencontrar los recuerdos, las pasiones y las inspiraciones del

escritor argentino, según sus palabras. Durante una semana en el teatro Alhambra, emplazado también en la ciudad vieja, diversos espectáculos culturales, no sólo conmemoraron al autor de *El Aleph*, sino que se adentraron con éxito en su personalidad a través de la música, las conferencias, el teatro, la danza, los poemas y el cine. Estas manifestaciones pudieron conducir al público, por los laberintos de Buenos Aires y Ginebra, dos ciudades distantes y diferentes, separadas por el inmenso Atlántico pero unidas por la personalidad de quien las interpretó y amó.

Invitado por el poeta Alfred de Zayas, asistí al *vernissage* y a algunos de los recitales programados. Las letras de los tangos y milongas de Borges, alternaron con la música de Astor Piazzola y las composiciones de Alberto Ginastera, quien también descansa en las tierras ginebrinas, mientras que el público que cubría las amplias instalaciones del teatro se rego-

cijaba con los recitados de los poemas y con las melodías, los cantos y las danzas sensuales de los tangos argentinos, todo interpretado por artistas de nivel.

Esta semana, que el Café Borges dedicó a honrar al escritor, constituyó el homenaje que le brindó esta ciudad a la que él identificó como la más propicia a la felicidad. Algunos me comentaron, sin embargo, que Ginebra le debe otro homenaje: bautizar a una de sus calles con su nombre. Pero esta urbe no siempre tiene rápidas respuestas de reconocimiento y gratitud. Así lo compruebo cuando, rumbo a mi transitorio domicilio, atravieso el Ródano por el puente de Bergues y observo que la estatua de Jean Jacques Rousseau, ciudadano de Ginebra, erigida en la pequeña isla que lleva su nombre, se inauguró en 1838, seis décadas después de su muerte.

*Ginebra, noviembre de 1999*



G. G.

## LOS OTROS (NOSOTROS)

*GUSTAVO RUBÉN GIORGI*

Indignos de la mágica locura  
que a unos pocos redime y dignifica,  
pretendéis que la vida significa  
el goce de una torpe sinecura.

Otrosí, renegáis de la simpleza  
del que vive tranquilo y sin afanes,  
sin más letras que un hato de refranes  
menudeando en la crédula cabeza.

Si osárais embestir algún gigante,  
en molino vulgar se tornaría;  
y ya no hay ciertas insulas hoy día  
por la falta de un sandío gobernante.  
Sois el ama y Sansón, el burladero;  
y la sobrina, el cura y el barbero.